

Entrevista a CARLOS PEDRO KROTSCH

## “Hay obstáculos en el diálogo entre la universidad y el sistema productivo”

*El profesor Carlos Pedro Krotsch es especialista en el tema “Universidad”, y cuenta, en este campo, con reconocimiento a nivel nacional e internacional. Se desempeña actualmente como docente en las universidades nacionales de Buenos Aires y La Plata. Ha participado como profesor en varias Maestrías orientadas hacia la administración y la gestión de las universidades. Es director del Instituto de Investigaciones Gino Germani, de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.*

*Como Secretario de Posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales inició la implementación de varias carreras de Especialización y Maestrías, y participó en el diseño del Doctorado en Ciencias Sociales de la UBA.*

*Ha participado en numerosas publicaciones sobre la Universidad, promoviendo la constitución de un campo específico de reflexión sobre el tema. Recientemente participó como promotor y organizador del libro *La Universidad Cautiva* (La Plata, Ediciones Al Margen, 2002), reuniendo varios trabajos presentados en las Primeras Jornadas de Sociología realizadas en noviembre de 2000 en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de esta Universidad. Con esta finalidad creó, en 1993, la revista *Pensamiento Universitario*. La propuesta inicial -estimular el pensamiento y la reflexión sobre la universidad- continúa hoy convocando a todos aquellos que están preocupados por el sentido y el futuro de la misma.*



■ ¿DEBE EXISTIR UN COMPROMISO DE LA UNIVERSIDAD CON EL CONTEXTO SOCIAL EN EL QUE ESTÁ INSERTA? ¿O ES UNA CONSIGNA DE OTRA ÉPOCA?

*Carlos Pedro Krottsch:* -Creo que ese compromiso debe existir, que la universidad pública debe ser cada vez más científica y a la vez cada vez más comprometida socialmente. No vamos a resolver la tensión entre estas dos cuestiones pero debemos pensar desde ella. La cuestión de una universidad cada vez más científica supone simplemente recuperar el pensamiento de los reformistas más ilustres que se resistían al creciente profesionalismo que permitía hablar peyorativamente de la "universidad de los abogados" o de la "máquina de tomar exámenes". Para legitimar mi reflexión quiero citar estas palabras de Julio V. González: "Es verdad indiscutible que la universidad argentina padece un mal congénito que, como todas las de su género, la ha hecho fracasar hasta ahora: la función, por añadidura, exclusiva, de habilitación profesional. La segunda cuestión de fondo que el orden lógico del razonamiento impone plantear ahora, es la de saber si en alguna forma aquella tarea es compatible con las de investigación científica, elaboración de ideas y colaboración social, que se atribuye

solemne y empecinadamente la institución universitaria". Nuestra Universidad es parte de la Sociedad en que vivimos y una expresión de ella. No se pueda rendir cuenta de lo que sucede en la universidad sin ponerlo en relación con lo que sucede en otros ámbitos de la realidad social. De hecho, hoy el debate sobre la universidad se inscribe en el marco más general de la crisis de la relación entre Estado y sociedad en los países de Occidente.

■ ¿EN LA HORA ACTUAL, ESE COMPROMISO EXISTE? ¿CÓMO LO VE USTED?

*C.P.K.:* -Hoy resulta inevitable interrogarse acerca del sentido de la educación superior en una sociedad que, como la argentina, quiere alcanzar ciertas metas de desarrollo relacionadas con el crecimiento económico, la equidad social y la libertad política. La realización efectiva de estos objetivos supone una transformación profunda del modelo de acumulación predominante hasta el presente.

Estoy realmente convencido de que la universidad y la sociedad tienen necesidad de la intervención de la primera en la cuestión social y en la mejora y democratización de la sociedad civil. El desempleo estructural, la marginación social y la barba-

rización creciente de la vida política y ciudadana nos obligan a construir una voz que apunte a promover una mayor reflexividad social. Al mismo tiempo la cuestión social no podrá ser abordada como una cuestión de mero extensionismo. La problemática del trabajo, de la salud, de la educación, de la vivienda, de la fragmentación social y del deterioro del medio ambiente deben constituirse en una cuestión central del currículum y de los programas de investigación, como parte fundamental del desarrollo científico y el desarrollo tecnológico de la nueva universidad. Así, además, la universidad podrá ser cada vez más universal, dado el carácter transinstitucional de las disciplinas y a la vez más local por cuanto es capaz de tensionar lo universal para dar respuestas a los problemas de la realidad local. Al mismo tiempo, este compromiso puede constituir el motor del cambio y la reforma académica de las propias universidades.

En un momento de ruptura de paradigmas disciplinarios, de incertezas en cuanto al perfil socio-económico del país, así como de crecientes desafíos sociales la universidad debe asumir una postura acerca de su rol y desde ahí negociar sentidos y recursos con el Estado, el mercado y la sociedad. La universidad autónoma tiene que asumir la

voluntad de asignarse una misión, que en gran medida está ligada al desarrollo científico cada vez más debilitado históricamente en nuestro país.

No cabe duda que existen condicionamientos económicos y de política educativa, pero lo anterior no quita que la universidad no se plantee discutir su perfil y misión y esto debe hacerse independientemente del modelo de país respecto del cual la universidad como "intelectual colectivo" tiene también algo que decir.

Creo que uno de los problemas graves de la Argentina como lo percibía claramente Tulio Halperín Donghi es la debilidad de sus instituciones y la falta de autonomía relativa de los distintos espacios institucionales: la ciencia, la cultura, la universidad, la justicia, etc. Esta debilidad se transmuta también en debilidad de los actores y sus representaciones acerca del pasado, el presente y el futuro. Predomina entre nosotros el momento de *la política o lo político* en algunos momentos bajo su forma democrática, en otros, bajo la expresión lisa y llana de la fuerza sin mediaciones.

De hecho, la universidad no está aislada. No tiene sentido plantearse como solución para sus problemas un imaginario aislamiento. La cuestión sería más bien procurar incrementar su capacidad de retraducir,

de incorporar las dinámicas y lógicas de lo social, lo político o económico a las lógicas del espacio académico, transformándolas en energía propia, en compromiso con la marcha de la sociedad y sus contradicciones.

Esta capacidad de traducción, de relectura y transformación está en la base de la autonomía y es el fundamento de una ética que no pueda ser corrompida por otras lógicas que como, las de la fe o el lucro, suponen universos de valores distintos. Esta es una de las discusiones más urgentes que debemos llevar adelante los universitarios. El tema comenzó a debatirse y esta entrevista es un testimonio de la voluntad de la universidad de pensarse a sí misma, de construir una reflexividad más exigente y valiente, de cara a las necesidades de las futuras generaciones. No nos olvidemos que la universidad como sistema de educación superior diferenciado y múltiple, sólo se justifica en cuanto contemporánea con el futuro y no como reproductora pasiva del mero presente.

■ ¿NO CREE USTED QUE LA AUTONOMÍA LLEVA A QUE LA UNIVERSIDAD SE ENCIERRE EN SUS MUROS Y OLVIDE LOS PROBLEMAS DE LA SOCIEDAD DE LA QUE ES PARTE?

C.P.K.: -La autonomía, como rasgo fundamental de la institución universitaria, no

es sinónimo de aislamiento. Ella no debe ser entendida como ausencia de interacciones con otras organizaciones sociales (Estado, Iglesia, poder económico, político, etc.). Autonomía es capacidad para elegir los interlocutores, participar en las negociaciones para definir los términos del intercambio, distribuirse los beneficios, etc. Los intercambios entre instituciones autónomas reciben el nombre de interdependencia.

Es muy importante tener esto en claro hoy, porque los organismos del Estado han emprendido acciones orientadas a fortalecer las capacidades de orientación y conducción de todo el sistema universitario nacional. En un contexto de escasez de recursos públicos, crece la propensión a relacionar las estrategias de asignación con el cumplimiento de ciertas metas definidas a nivel central, por parte de las instituciones universitarias que se benefician con los subsidios públicos.

La autonomía es un valor que es preciso preservar, al igual que la búsqueda permanente de la democratización, tanto de las vías de acceso al saber (que no debe confundirse con el ingreso a una institución, como de la gestión de la propia institución) universitaria.

Esta constatación obliga a repensar tanto el rol y el perfil de las universidades, co-



mo la modalidad de sus relaciones con las otras instituciones sociales encargadas de la producción de bienes y servicios socialmente necesarios.

■ ¿CÓMO DEBERÍAN EXPRESARSE LAS FUNCIONES CLÁSICAS DE LA UNIVERSIDAD? DOCENCIA, UNIVERSIDAD, EXTENSIÓN.

C.P.K.: -Hoy la universidad está en crisis; las disciplinas están en crisis y, en consecuencia, también lo están las formas organizacionales en las que se han asentado tradicionalmente. Esto quiere decir que el modelo tradicional de universidad en su versión humboltiana o napoleónica está siendo puesta en cuestión por nuevas formas y espacios de producción y validación del conocimiento.

La drástica disminución del presupuesto público asignado a la universidad tiene consecuencias sobre la cantidad y calidad de diversos insumos que intervienen en las prácticas docentes, de investigación y extensión. En este sentido, comienzan a hacerse cada vez más reiteradas las propuestas innovadoras en materia de fuentes de recursos para las universidades. De hecho, el problema de la escasez de recursos y la identificación de soluciones alternativas tiende a dominar el debate.

Pero si bien hay que reconocer que el tema de los recursos es relevante porque efectivamente condiciona otras dimensiones de las prácticas y productos universitarios, es preciso tener en cuenta que las consecuencias de la escasez crónica tienen una dinámica propia. En otras palabras, la disminución del presupuesto universitario ha generado desequilibrios y problemas estructurales. Entre otras cosas, el problema de la liquidación lisa y llana del oficio de enseñar, del oficio de investigar. El resultado es la precarización de los clásicos espacios públicos para el desarrollo del trabajo intelectual.

También es cierto que, en materia de políticas de reforma, cambio e innovación, las universidades fueron durante la década pasada totalmente autocomplacientes. Por razones políticas y prácticas prefirieron resguardarse en la crítica sin proponer políticas alternativas, lo cual hoy con el cambio de gobierno ya no se justifica. Existen ejemplos claros de renuencia a la introducción de innovaciones, como la resistencia a asumir la necesidad de la evaluación institucional.

Hoy el sistema universitario se ha vuelto más complejo y diverso horizontalmente. La mayor complejidad se debe tanto al incremento de alumnos e instituciones pú-

blicas y privadas, como a la emergencia de organismos de intermediación incluidos en la Ley 24.521 de Educación Superior, que se agregan a organismos tradicionales como el CIN y el CRUP. La proliferación de las universidades se viene realizando sobre la base de un modelo institucional relativamente homogéneo y tradicional. Es decir, la expansión no estuvo asociada a un proceso de diversificación e innovación de las estructuras y prácticas académicas. Por otra parte, la creación de organismos intermedios de amortiguación ha introducido actores poderosos entre la base y la cúspide estatal del sistema. Esta nueva situación requiere en sí misma de nuevos y mejores mecanismos de gestión institucional.

Es claro que la complejidad es fruto también, de la casi normal fragmentación académica y de las formas colegiadas de gobierno que caracterizan a la institución universitaria hacia el interior. Se habla de la institución como caracterizada por el "acomplamiento laxo" y espontáneo de sus partes. En este contexto, para incrementar la circulación del saber y las relaciones entre los actores podemos apelar a la construcción de valores comunes, que pueden derivarse de escenarios compartidos de políticas instituyentes, así como también, a nuevas formas de docencia e investigación



orientadas hacia la resolución de problemas. De esta manera, se incrementan las actividades transdisciplinarias que permiten superar los encierros disciplinarios que se han desarrollado en occidente a partir de la mitad del siglo XIX y que se expresan en la estructura actual de carreras y facultades aisladas entre sí.

En este momento, la universidad tiene que resolver urgentemente sus problemas de gestión. Hoy la gestión está sometida a la lógica de gestionar las tensiones y reducir la multiplicidad de conflictos que sobrecargan el gobierno de la misma. Este estilo de gobierno nos vincula más con el pasado que con el futuro. Para construir una nueva universidad debemos recuperar la capacidad de decidir y proyectar escenarios sin por esto caer en el decisionismo.

La crisis del sentido y función de las universidades, alimentada por la escasez de recursos, alienta la búsqueda de alternativas institucionales y de interacción con el medio que podrá resultar en una mayor diversificación del sistema.

Planteo estas reflexiones como una orientación general que me permita sostener la utopía en medio del creciente desasosiego y del olvido de los grandes ideales de la reforma (hoy los grandes y apasionantes temas de la reforma han sido deformados y

reducidos a meros latiguillos discursivos). En este sentido, tenemos que “curar” la historia de la universidad de las rupturas y olvidos que nos impiden cultivar una memoria desde la cual reflexionar e imaginar nuevos futuros.

Por otro lado, la universidad deberá cada vez más pensarse como “intelectual colectivo”, como institución crítica capaz de asumir una responsabilidad política no partidaria frente a las necesidades de la comunidad. Debemos tener en claro que la politización, si se puede hablar en estos términos, no implica necesariamente partidización. Hoy, despartidizar la universidad pública, es una cuestión, desde mi punto de vista, fundamental.

■ ¿PODRÍAMOS PROFUNDIZAR ESTA DISTINCIÓN QUE USTED PLANTEA ENTRE LO PARTIDARIO Y LO POLÍTICO?

C.P.K.: -Ante todo quiero decir que creo que la universidad es un “animal político” pues negocia sentidos, compromisos y valores en el campo más amplio de la vida social, política y cultural de un país. Creo sin embargo, y esto fue así hasta 1966, que la universidad así como un hospital, un psiquiátrico, una escuela o un juzgado no pueden tener un color político-partidario aun-

que esté teñido de un compromiso ideológico, valoral o ético con determinadas corrientes de la vida política. No podemos mezclar la especificidad funcional e institucional de los distintos ámbitos de la realidad social pues esto debilita, por un lado, la institucionalidad y por el otro, abre la puerta a la privatización de los espacios públicos, como lo atestigua la literatura latinoamericana para el caso del Estado latinoamericano y ha sido excelentemente analizado desde una perspectiva reformista crítica por Osvaldo Iazzetta para el caso de la universidad argentina en el último número de *Pensamiento Universitario*.

En resumen, podemos decir sobre la universidad argentina que, en primer lugar, en ella la política tiende a expresarse como adhesión a un partido más que a una corriente o perspectiva ideológica como sucedía con el “movimiento de la Reforma” antes de 1966; en segundo lugar, que los activadores de este sistema de pertenencia son en general los estudiantes insertos, muchas veces en redes partidarias constituidas muchas veces, también, en verdaderos canales de movilidad social; y en tercer y último lugar, que los académicos vinculan muchas veces su carrera a la dinámica partidaria en consenso con los estudiantes, que son el eje dinámico de las elecciones. En resumen, po-



demostramos que lo "meritocrático académico" parecería subordinarse a lo "democrático partidario" y ésta creo que es la tensión fundamental que hay que estudiar y que tiene que ver, a su vez, con el predominio de formas alternativas o combinadas de consagración, retribución y distinción.

El problema de la tensión entre las dos lógicas surge especialmente en las universidades grandes y en las carreras profesionalistas que tienen un anclaje fuerte en lo partidario, cuando -como lo he vivido recientemente- se cuestionan las lógicas democráticas de la reforma, la representación ponderada de claustros, desde la perspectiva de las lógicas universalistas de la política de la polis, cuando se quiere trasladar la representación un hombre/mujer=un voto, vigente en el campo político, al campo académico el cual tiene su propia dinámica y lógica en la construcción de lo democrático.

■ ¿CÓMO DEBERÍA DARSE, EN ESTE CONTEXTO DE CRISIS, LA INTERACCIÓN ENTRE LAS INSTITUCIONES UNIVERSITARIAS Y EL SISTEMA PRODUCTIVO?

C.P.K.: -En un trabajo que realizamos con Emilio Tenti hemos reflexionado sobre este tema. Aunque desde ese momento se ha avanzado bastante, creo que las cuestio-

nes que entonces señalábamos tienen todavía vigencia. Sigue siendo necesario revisar el estilo clásico de interacción entre las instituciones universitarias y el sistema productivo. El reforzamiento de estas formas de articulación aparece como una estrategia compleja y de efectos múltiples.

Existen varios factores que funcionan como obstáculos para el diálogo universidad-sistema productivo. En primer lugar, es preciso tener en cuenta que se trata de dos mundos culturales separados y ajenos. Las representaciones recíprocas están teñidas por un matiz de desconfianza que no facilita la cooperación.

Algunos empresarios ven a la universidad como un mundo anárquico, desordenado y completamente desinteresado por que sucede en el "afuera". Para ellos, los universitarios son gente más inclinada a la "teoría" que a la "práctica", a la abstracción que a las cosas concretas. Por otra parte, la investigación aplicada en la universidad nunca se realizó de un modo sistemático y continuado, y la que se hace rara vez interesó a los hombres de empresa. Parece que el tiempo y el "tempo" de las prácticas universitarias no coinciden con el tiempo y las urgencias de la producción. Podríamos, incluso, preguntarnos si efectivamente la investigación aplicada es verdaderamente

una función esencial de la universidad. En otros términos, ¿es el espacio universitario el lugar privilegiado para desarrollar un saber directamente ligado a los imperativos de la producción?

Se han realizado varias experiencias en este sentido, así es que ya no tienen un cierto carácter excepcional, sin embargo continúa la tendencia a concentrar la interacción en ciertos campos científico-tecnológicos muy determinados. Sería de mucho interés analizar los alcances y límites de esas experiencias y determinar en qué medida implican una modificación sustancial de la relación entre las instituciones universitarias y el ámbito más general de la sociedad.

Resulta obvio que una adecuada interacción entre sistema productivo y sistema científico-tecnológico (del cual la universidad constituye una parte fundamental) se presenta como un elemento dinamizador de la necesaria reconversión del sistema productivo nacional, de manera que atienda tanto a los intereses nacionales como a los requerimientos del mercado internacional.

Sin embargo, es preciso establecer las premisas de un diálogo realista entre ambos conjuntos institucionales. Esta es una condición necesaria si se quiere efectivamente mejorar la productividad del sistema

científico nacional y al mismo tiempo, realizar la "transformación productiva con equidad".

Cuando se habla de integración entre universidad y empresa no hay que olvidar que la universidad tiene funciones propias, indelegables, cuya racionalidad va mucho más allá de los procesos e instancias de producción de bienes materiales. De ella se espera una contribución en términos de conocimiento crítico, esto es, de una serie de productos simbólicos que van más allá de las demandas actuales y que en ciertos casos hasta se opone a las mismas.

Los vínculos son deseables en la medida en que su racionalidad no es instrumental, desde el punto de vista económico financiero. Desde el punto de vista de los intereses universitarios, esta articulación debe ser pensada no tanto como una vía para obtener recursos, sino como una estrategia de mejoramiento de los procesos y productos pedagógicos de la universidad.

Habría que prever los mecanismos o canales de comunicación que garanticen una circulación de los saberes y experiencias producidas en el intercambio, con el fin de que los beneficiarios no sean únicamente quienes participan en forma directa. Para ello, es preciso garantizar la transferibilidad de los ámbitos de investigación y desarro-

llo científico y tecnológico al campo de la docencia y formación de recursos humanos. Esta ventaja no monetaria, es decir, pedagógica debería constituirse en la motivación principal para el establecimiento de los vínculos universidad-producción.

Los contratos en estos dos campos (desarrollo científico y tecnológico y formación permanente de recursos humanos) deberían subordinarse a finalidades de índole pedagógica, es decir, tienen sentido en la medida en que se constituyen en insumos orientados al mejoramiento de la calidad de la formación profesional.

A mi juicio, no es pertinente la simple lógica de la venta de bienes y servicios. Aquí, más que de interacción universidad-empresa, se trataría de hacer de la universidad una empresa, lo cual vendría en desmedro de las funciones específicas de la institución universitaria. El desplazamiento del interés universalista y sin horizonte temporal definido, que es propio de los campos científicos en su más alto nivel de excelencia, puede terminar en el predominio de una lógica particularista, de corto plazo, que tendría como efecto final el uso privado y sectorial de los limitados recursos públicos asignados a las instituciones universitarias.

■ ¿USTED PIENSA QUE TODOS LOS CIUDADANOS CONSIDERAN HOY QUE LA UNIVERSIDAD ES NECESARIA PARA ELLOS? ¿EN QUÉ SENTIDO?

C.P.K.: -Esa es una pregunta clave. Yo la traduciría así: ¿Estamos autorizados moralmente por la sociedad? ¿Cuál es nuestra legitimidad ante la sociedad? Creo que esta es una buena oportunidad para construir principios centrados en lo académico, en lo democrático y en lo social más allá de lo partidario. Ello constituye un desafío ético e intelectual fundamental. Debemos decidirnos a construir principios y ser vehementes en sostenerlos, pues creo que por ahora nos movemos más por oportunismos circunstanciales que por el deseo de cambio e innovación, de transformación acorde con principios consensuados. Me atrevería a señalar algunos principios para la universidad pública: en primer lugar, la centralidad de la producción de conocimiento, como supuesto de lo que debe ser una universidad. En segundo lugar, el compromiso con lo social en la sociedad civil. En tercer lugar, la democratización real, no ficticia, lo que nos remite a políticas de compensación y discriminación positiva. En cuarto lugar, la autonomía de los intereses externos: del Estado, los partidos, las corporaciones, las empresas, etc. Ninguna institución puede vivir





atravesada por los intereses y reglas del juego de otra: un partido político no es una Iglesia, ésta no es una universidad, como esta última tampoco es un club deportivo o una empresa. En quinto lugar, aunque parezca contradictorio, la implicación en la problemática de la comunidad, la producción y la esfera pública estatal, pero como ejercicio libre de la autonomía. Es este doble juego del distanciamiento y la implicación lo que permite justamente ese distanciamiento. En sexto lugar, la necesidad de construir una fuerte capacidad autorreflexiva a la vez autocrítica, crítica y utópica. Finalmente, sostener la transparencia que garantice el carácter de espacio público de la universidad frente a las amenazas de privatización del bien común, cuyo ejemplo ha sido la "tupacamarización" del Estado durante la última década. Deberíamos, por lo menos, intentar consensuar dos o tres principios que nos alienten a proyectar el futuro, a construir una mirada, un punto de vista como "vista" y también como capacidad de "avistar", de mirar en la lejanía. Tenemos grandes temas por debatir en este momento de creciente aceleración de la historia, de creciente incerteza en relación a nuestro destino como nación. Comencemos, por lo pronto, con nuestro propio espacio, con este lugar apasionante que elegi-

mos para construir nuestra vida cotidiana y nuestros proyectos, aventurémonos a pensar en la universidad del futuro, a construir una voz ilustrada y comprometida con el conocimiento y las necesidades de la sociedad. Como propone Pierre Bourdieu, comprometámonos a oponer al poder de la corporación de las finanzas y el lucro, la corporación universal del saber y la responsabilidad social. Para lo cual nada más necesario hoy, que ampliar y profundizar nuestro conocimiento sobre la universidad misma -apelando a las tradiciones disciplinarias de la historia, la antropología, las ciencias políticas, la sociología, la pedagogía, la economía, la teoría de la organización, etc.-, puede ser un primer paso para superar la fragmentación, incrementar la reflexividad de la institución y abrir, al mismo tiempo, el camino para comprometernos con lo social desde una perspectiva interdisciplinaria.